

Nuestra América ante Trump

Leandro Morgenfeld

leandromorgenfeld@hotmail.com

Doctor en Historia.

Profesor de la Universidad de Buenos Aires.

Co-Coordinador del Grupo CLACSO «Estudios sobre Estados Unidos».

Resumen:

Barack Obama, desde 2013, inició una ofensiva para recuperar el dominio estadounidense en América Latina y el Caribe, luego de una década de creciente articulación política entre los 33 países al sur del Río Bravo y del desafío que supuso la participación de China y otras potencias extrahemisféricas en la región. La llegada de Donald Trump a la Casa Blanca supuso un desafío tanto para los gobiernos no alineados con Washington como para aquellos que apostaban a la continuidad de la agenda neoliberal con Hillary Clinton. La prédica xenófoba y antihispana del magnate neoyorquino, la retirada del Acuerdo Transpacífico (TPP), la renegociación del TLCAN y las agresivas declaraciones contra Cuba y Venezuela modificaron el escenario regional, obligando a los aliados de Estados Unidos a recalcular el vínculo con la Casa Blanca. En este artículo analizamos los principales desafíos que enfrenta la región frente a la nueva Administración y los caminos alternativos que se avizoran para Nuestra América.

Palabras clave:

Estados Unidos, Trump, Nuestra América.

Abstract:

Barack Obama, since 2013, began a campaign to recover the US dominance in Latin America and the Caribbean, after a decade of growth, political

articulation among the 33 countries at the South of the Rio Grande, and the challenge posed by the participation of China and other extrahemispheric powers in the region. The arrival of Donald Trump to the White House was a challenge both for those who are not aligned with Washington and for those who bet on the continuity of the neoliberal agenda with Hillary Clinton. The xenophobic and anti-Hispanic speech of the New York billionaire, the withdrawal of the Trans-Pacific Agreement (TPP), the renegotiation of NAFTA and the aggressive declarations against Cuba and Venezuela modified the regional scenario, forcing the allies of the United States to recalculate the link with the White House. In this article, we analyze the main challenges for the region in the face of the new Administration and the alternative paths that are envisaged for Our America.

Keywords:

*United States, Trump, Our America.*¹

En el contexto de un mundo incierto e impredecible, con una fuerte disputa hegemónica entre Estados Unidos y China,² una Unión Europea estancada y con riesgo de disolución, un creciente malestar y rechazo a la «globalización neoliberal» y el ascenso de movimientos y líderes neofascistas, Nuestra América³ es disputada por los centros imperiales, cuyo apetito se dirige especialmente a los bienes comunes de la tierra que abundan en la región.⁴ Los gobiernos de Mauricio Macri, Enrique Peña Nieto, Michel Temer y Pedro Pablo Kuczynski, emblemas

¹ El siguiente artículo es una adaptación de la ponencia «Trump y América Latina: rupturas y continuidades», presentada en el Panel: «Nueva correlación de fuerzas en Estados Unidos» de la III Conferencia de Estudios Estratégicos «Transición hacia un nuevo orden internacional: desafíos, amenazas y oportunidades», organizada por el CIPI, en La Habana, del 11 al 13 de octubre de 2017.

² Recientemente, Perry Anderson publicó una obra sobre esta problemática crucial, historizando el concepto de *hegemonía*, tan profusamente aplicado en el campo de las relaciones internacionales: Perry Anderson: *The H-Word: The Peripeteia of Hegemony*, Verso, Londres, 2017. Cfr.: Luiz Albert Moniz Bandeira: *A desordem mundial. O espectro da total dominação*, Civilização Brasileira, Rio de Janeiro, 2016, y Jaime Preciado y Marco Gandásegui (hijo) (comps.): *Hegemonía y democracia en disputa. Trump y la geopolítica del neoconservadurismo*, ALAS-CLACSO-Universidad de Guadalajara, México, 2017, con foco en cómo esa disputa hegemónica global se manifiesta en América Latina en la era Trump.

³ Tanto la expresión Nuestra América como América Latina refieren indistintamente en este texto al conjunto de los países de América Latina y el Caribe, es decir los 33 países del continente que no son ni Estados Unidos ni Canadá.

⁴ Cfr. Atilio Borón: *América Latina en la geopolítica del imperialismo*, 2014 Universidad Autónoma de México, 2014, y Mónica Bruckmann: *Recursos naturales y la geopolítica de la integración sudamericana*, Ediciones Luxemburg/Imago Mundi, Buenos Aires, 2015.

de las derechas *aggiornadas*, pretenden clausurar el llamado «ciclo progresista», derrotar al eje bolivariano y restaurar las políticas que emanaron del *Consenso de Washington*⁵ en la *posguerra fría*. Esos gobiernos neoliberales aspiran a clausurar cualquier alternativa popular, en pos de profundizar los esquemas extractivistas y revertir la inédita cooperación y coordinación política latinoamericanas que caracterizó el inicio del siglo XXI, tras el «No al ALCA» en la Cuarta Cumbre de las Américas, realizada en Mar del Plata en noviembre de 2005.⁶ Abandonaron en sus discursos toda referencia latinoamericanista y apuestan a debilitar a organismos nuevos, como la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), para volver a posicionar a la Organización de los Estados Americanos (OEA), cuya sede no casualmente se encuentra en Washington, a pocos metros de la Casa Blanca. Desde que Barack Obama inició su segundo mandato, en 2013, ensayó una nueva ofensiva imperial, que coincidió con la muerte de Hugo Chávez —el gran líder de la integración alternativa, a partir de la iniciativa que lanzó junto a Cuba en 2004, la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP)— y la reversión del ciclo de alta demanda y precio de las materias primas. Esa ofensiva, basada en el *smart power*, parecía tener en Hillary Clinton su continuadora «natural».⁷

Sin embargo, el triunfo de Donald Trump en las elecciones del 8 de noviembre de 2016 modificó sustancialmente el panorama geopolítico, generando una conmoción mundial mucho mayor a la del *Brexit*, la decisión del Reino Unido de abandonar la Unión Europea. Ambas

⁵ El Consenso de Washington correspondía a las políticas impulsadas por el Departamento de Estado norteamericano, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, el G-7 y los presidentes de los principales bancos y establecía que sólo se otorgarían préstamos a los países periféricos a cambio de: reformas al Estado “que lo minimizaran”, privatización de empresas de servicios públicos, enajenación de las reservas energéticas, facilidades a las inversiones extranjeras, liberalización del sistema financiero, mayor recaudación impositiva y eliminación del déficit, entre otros. Así, de allí en más se utilizaría el endeudamiento para disciplinar abiertamente a los países no centrales.

⁶ Julián Kan (comp.): *El No al ALCA diez años después. La cumbre de Mar del Plata y la integración latinoamericana reciente*, editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 2016; Juan Manuel Karg y Agustín Lewit (comps.): *Del No al ALCA a la UNASUR. Diez después de Mar del Plata*, ediciones del CCC, Buenos Aires, 2015.

⁷ El llamado *poder inteligente*, fue definido por Joseph Nye como la combinatoria de poder duro y poder blando para vencer, y usado recurrentemente por Hillary Clinton, cuando fue Secretaria de Estado (2009-2013) de Obama. Sobre el origen del término, véase *Foreign Policy*, Estados Unidos, 14 de enero de 2009.

votaciones expresan el creciente rechazo que está generando la globalización neoliberal impulsada desde los centros financieros y el resquebrajamiento del consenso político que se imponía desde las elites de Europa y Estados Unidos. En el crucial año 2016 se consumó el final de ese oxímoron que la filósofa y politóloga estadounidense Nancy Fraser denominó el «neoliberalismo progresista».⁸ Mientras líderes xenófobos, de extrema derecha o neofascistas canalizan a su favor el creciente hartazgo social, aumenta la incertidumbre global.⁹ Se resquebrajó el consenso global, a tal punto que en las reuniones del G20 previas a la Cumbre presidencial de Hamburgo, Estados Unidos bloqueó las declaraciones pro libre comercio y China pretendió erigirse en la nueva líder de la globalización. En la cumbre de Alemania, Trump quedó en solitario, tras haber anunciado la salida de Estados Unidos del Acuerdo Climático de París. Angela Merkel, la anfitriona, debió admitirlo: «Cuando no hay consenso, hay que reflejar el disenso, no ocultarlo».¹⁰

La elección en Estados Unidos de un presidente abiertamente xenófobo, antiobrero, misógino, negacionista del cambio climático, plutocrático, unilateralista y militarista supone un gran peligro no solo para la mayoría de la población de ese país, sino también para toda Nuestra América. Agredió a México, Cuba y Venezuela y promueve una diplomacia militar que reniega de las instancias multilaterales, lo cual genera niveles de rechazo históricos. Una reciente encuesta internacional del *Pew Research Center*, publicada el 26 de junio, muestra que la imagen del gobierno de Estados Unidos se hundió 15 puntos desde

⁸ Nancy Fraser: «The End of Progressive Neoliberalism», *Dissent Magazine*, 2 de enero, 2017. En: https://www.dissentmagazine.org/online_articles/progressive-neoliberalism-reactionary-populism-nancy-fraser.

⁹ Existe un amplio debate en torno a cómo caracterizar a los nuevos líderes de extrema derecha que emergieron en Hungría, Polonia, Austria, Francia, Gran Bretaña, Holanda y Estados Unidos, entre otros países. En una reciente publicación se recogen las diversas opiniones de analistas internacionales como Noam Chomsky, Chantal Mouffe, Ignacio Ramonet, Wolfgang Streeck, Serge Halimi, Judith Butler, Alain Badiou, Étienne Balibar e Immanuel Wallerstein, entre otros: Pedro Brieger (comp.): *Neofascismo. De Trump a la extrema derecha europea*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2017.

¹⁰ *El País*, Madrid, 9 de julio, 2017.

¹¹ «La encuesta del Pew, que ha entrevistado a más de 40 000 personas, revela que una media del 22% de los encuestados confía en que Trump hará lo correcto en materia de asuntos internacionales. Obama se despidió de su mandato con una media del 64% de confianza. En algunos países europeos la caída en este ámbito es estrepitosa: en Alemania cayó del 86% al 11%, en Francia del 84% al 14%, en Reino Unido del 79% al 22% y en España del 75% al 7%. Esta valoración es muy similar a la que

que asumió Trump.¹¹ Con excepción de Israel y Rusia, en los otros 35 países encuestados cayó la confianza en Washington, y especialmente lo hizo en América Latina. Este contexto —no se cerró la crisis económica internacional que se inició hace una década en Estados Unidos, crece la incertidumbre global, ganan poder líderes y movimientos de ultraderecha, se impugna el discurso neoliberal en los países centrales, se ralentiza el comercio global y se agudizan las disputas hegemónicas— obliga a realizar un balance de lo ocurrido en los últimos años y a plantear cuáles son los principales desafíos para la región y las alternativas para vincularse con un mundo cuyo reordenamiento es incierto y que debe lidiar con el nuevo inquilino de la Casa Blanca, quien posee algunas características peculiares distintas a las de sus predecesores.

La llegada al poder del magnate neoyorquino, con el rechazo que suscita, supone una oportunidad para enfrentar los nuevos peligros y desafíos recuperando el espíritu de Mar del Plata, es decir la experiencia de una exitosa coordinación y cooperación política regionales, en función de retomar una integración latinoamericana que impugne no solamente la ofensiva neoliberal restauradora, sino que adquiera una perspectiva antimperialista con proyección anticapitalista y socialista. Entre el 10 y el 13 de diciembre de este año se llevó a cabo en Buenos Aires la XI Conferencia Ministerial de la Organización Mundial del Comercio (OMC), que intentó infructuosamente relanzar la ofensiva pro libre comercio en el ámbito multilateral y regional.¹² En marzo de 2018, se realizará la VIII Cumbre de las Américas, en Lima, lo que supondrá la primera visita del presidente Trump a la región. Poco después, en el segundo semestre de ese año, Argentina será sede de la primera Cumbre Presidencial del G20 que se realizará en la región.¹³ En estos dos cónclaves se empezará a definir el rumbo de la globalización neoliberal, y también las relaciones interamericanas.

obtuvo el ex presidente estadounidense, George W. Bush, al final de su gestión en 2008». *El País*, Madrid, 27 de junio, 2017.

¹² Leandro Morgenfeld: «Fracasa la OMC y emergen las alternativas», *Semanario Brecha*, Número 1674, Montevideo, 2017.

¹³ El gobierno argentino pretenderá allí ser, junto a los de Brasil y México, los abanderados del libre comercio y de las políticas de apertura favorables a la atracción de inversiones extranjeras. Recientemente, el embajador argentino en Chile, José Octavio Bordón, declaró que piensan invitar a los países del Mercosur y la Alianza del Pacífico, para relanzar el proyecto de un acuerdo de libre comercio que, como analizaremos más adelante, sería una suerte de reedición del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), pero sin Estados Unidos ni los países del ALBA (Notimex, México, 13 de julio, 2017).

Si bien nuestro análisis es provisorio y tiene un carácter exploratorio, en tanto Trump es presidente hace apenas un año, ya es posible vislumbrar ciertas tendencias para caracterizar su gobierno, su política hacia el resto del continente y las alternativas que se presentan para Nuestra América.

Trump es más débil lo que muchos vaticinaron. Ganó ampliamente en el colegio electoral, tiene mayoría en ambas cámaras, nombró al noveno juez de la Corte Suprema —el conservador Neil Gorsuch, que ocupa la vacante generada tras la muerte de Antonin Scalia—, los republicanos tienen la mayoría de las gobernaciones, el magnate sigue siendo apoyado por su base electoral y su liderazgo trasvasa las estructuras políticas tradicionales.

Sin embargo, el 8 de noviembre de 2016 obtuvo 2,8 millones menos de votos —nunca otro presidente ganó en el colegio electoral con tanta diferencia en contra en la votación popular—,¹⁴ enfrentó amplísimas protestas desde que asumió, se paralizó dos veces en la justicia el decreto para prohibir entrada de ciudadanos de algunos países con mayoría musulmana —lo cual ocasionó masivas protestas en los aeropuertos—, el reemplazo del ObamaCare por el TrumpCare —una de sus grandes promesas de campaña— fracasó inicialmente en el congreso, y el *affaire Rusia* no cede: debió renunciar el jefe de la Agencia Nacional de Seguridad (NSA), Michael Flynn, se le pusieron limitaciones al fiscal general Jeff Sessions en la investigación de la «trama rusa», su ex jefe de campaña Paul Manafort y su hijo mayor están hoy en la mira por sus vínculos con Moscú, James Comey, el jefe del FBI, quien había desestimado su acusación de que Obama lo espió y confirmó los avances en las investigaciones por la supuesta intromisión rusa en la campaña, fue finalmente despedido, desatando un nuevo escándalo —debió comparecer en junio ante el Senado—, y hasta su influyente yerno, Jared Kushner, está siendo investigado por haberse reunido en diciembre con el embajador ruso y unos meses antes con una abogada rusa que les habría ofrecido información comprometedor sobre Hillary Clinton. Los encontronazos con líderes europeos en la primera gira internacional de Trump y el anuncio de la salida de Estados Unidos del Acuerdo de París provocaron aún más resistencias internas y externas. La decisión

¹⁴ Como las elecciones no son obligatorias en Estados Unidos, y hubo una amplia abstención, no es menor señalar que Trump apenas cosechó la cuarta parte de los votos de los ciudadanos habilitados para votar, lo cual vulnera la legitimidad del sistema electoral estadounidense y de la elección de Trump en particular.

de diciembre de reconocer a Jerusalem como la capital de Israel —y trasladar allí la embajada estadounidense— produjo un nuevo escándalo internacional. El 21 de diciembre, en la Asamblea de la ONU, 128 países rechazaron esta decisión, pese a las amenazas de retiro de ayuda de la Casa Blanca.

Tras un inicio en el que sobreactuó su impetuoso estilo para mostrarse como todopoderoso, Trump debió atravesar sucesivas turbulencias. Ya no sólo existe una resistencia política sino que la batalla se trasladó al campo judicial, a la vez que se agudizó su pelea con los grandes medios de comunicación,¹⁵ y en el Congreso empezaron a aparecer grietas dentro del *establishment* republicano y militar que lo apoya, y ya hay iniciativas para iniciar un juicio político, tanto por los vínculos con el gobierno ruso como por los negocios de su emporio, incompatibles con la presidencia. Los rasgos revulsivos de su personalidad y su carácter iconoclasta generan, además, permanentes escándalos y enfrentamientos con periodistas, artistas y figuras políticas, incluso de su mismo partido. Trump llegó a sus primeros 100 días en la presidencia con apenas un 41% de aprobación e índices históricos de rechazo, los más altos desde que se hacen esas mediciones, en los años cincuenta del siglo pasado.¹⁶ A mediados de julio, a casi 6 meses de haber asumido, el Washington Post y ABC publicaron una encuesta en la que se observa que su aprobación sigue descendiendo, situándose ahora apenas en el 36% —frente al 48% de fuerte desaprobación—, o sea la más baja en 70 años.¹⁷

En síntesis, esta situación vuelve relevante algo que muchos se plantearon aún antes de que asumiera: ¿podrá Trump completar su mandato? Impulsará el *establishment* su desplazamiento en favor del vicepresidente Mike Pence? Esta caracterización introductoria es necesaria para contextualizar el tema central de este ensayo: las alternativas para las fuerzas políticas y de izquierda en América Latina, frente a Trump. Su triunfo en noviembre de 2016 es, en parte, expresión de la crisis de la hegemonía estadounidense y del creciente rechazo a la globalización neoliberal. Los simultáneos frentes de conflicto que

¹⁵ Sobre el rol de las grandes empresas periodísticas, su cinismo y su superficial crítica al trumpismo, consultar: Silvina Romano: «Efecto Anti-Trump: el triunfo de la ideología hegemónica», en: Jaime Preciado y Marco Gandásegui (hijo) (comps.): *Hegemonía y democracia en disputa*, 2017, ob. cit.

¹⁶ *New York Times*, 26 de abril, 2017.

¹⁷ *Washington Post*, 16 de Julio, 2017.

abrió en sus primeros meses en la Casa Blanca no hicieron sino ahondar la polarización que caracterizó a toda la campaña. No hay que descartar, entonces, la posibilidad de que avance un *impeachment*, para lo cual se requeriría el apoyo de un sector del Partido Republicano. Trump, mientras tanto, se recuesta en su base ultraconservadora —el 24 de febrero fue aclamado en la Conferencia de la Acción Política Conservadora, junto al entonces todavía influyente Steve Bannon—, y en Wall Street, no sólo porque colocó a un ex Goldman Sachs como Secretario del Tesoro, sino por las desregulaciones, las rebajas de impuestos a los ricos (del 35% al 15%) y la reactivación del proyecto de construcción de los oleoductos de *Keystone XL* y *Dakota Access*, tras meses de lucha de pueblos originarios y ambientalistas que se oponían.¹⁸

En el plano de la política exterior, también hubo novedades y múltiples escándalos por el mal trato a distintos mandatarios, incluso aliados, como el de Australia. Contra lo que muchos auguraban —luego de ciertos coqueteos discursivos con algunos postulados aislacionistas—, Trump ya mostró que no va a ser aislacionista: nombró a prominentes generales en su gabinete y aumentó 9% el presupuesto militar —incrementándolo en 54 mil millones de dólares—,¹⁹ reivindicó a las Fuerzas Armadas cada vez que pudo, atacó a China vía *Twitter*, bombardeó Yemen el 29 de enero, impulsa el expansionismo de los asentamientos ilegales en territorio palestino, recibió con honores al ultraderechista Netanyahu, quien pone en duda la solución de los dos Estados, amenazó a Irán, arrojó la *Mother of All Bombs* en Afganistán, envió un portaaviones a Corea del Norte y agredió a Venezuela incluyendo al vicepresidente de Maduro en la lista de promotores del narcotráfico y recibiendo en la Casa Blanca a la esposa de Leopoldo López, incluso antes que a cualquier mandatario regional.²⁰ Más que reducir el intervencionismo a escala global, Trump pretende reimponer el unilateralismo, en detrimento

¹⁸ Para un análisis crítico de su gabinete de millonarios, militares y ultraconservadores, consultar: Jake Johnson: «The Militarization of U.S. Policy on Latin America Is Deepening Under Trump», *Foreign Policy In Focus*, 15 de junio, 2017. En: <http://fpif.org/the-militarization-of-u-s-policy-on-latin-america-is-deepening-under-trump/>.

¹⁹ BBC, 27 de febrero, 2017. La Cámara de Representantes aprobó finalmente un presupuesto militar récord, de 696 500 millones de dólares, 28 000 millones más que el que había solicitado la Administración Trump, que ya era 54 000 millones superior al del año anterior. Russia Today, Moscú, 16 de julio, 2017.

²⁰ Sobre la actual política exterior de Trump, y las posibilidades de una deriva militar de las actuales tensiones en curso, consultar: Pablo Pozzi: «¿Se viene la guerra?», *Huellas de Estados Unidos*, N. 12, Buenos Aires, abril, 2017, pp. 2-5.

del multilateralismo y de una conducción imperial más colegiada.²¹ Como sus antecesores, sigue pregonando el excepcionalismo y la idea de que los estadounidenses son un pueblo elegido, diferentes al resto. Una muestra cabal de ello se produjo recientemente, cuando anunció, cumpliendo una promesa de campaña, que Estados Unidos no sería más parte del Acuerdo climático de París, que había fijado metas en la reducción de las emisiones de dióxido de carbono, siendo ese país, junto a China, los más contaminantes.²²

Alentó inicialmente la distensión con Rusia, para enfrentar a China, intentando, en sentido inverso, lo que promovió Henry Kissinger en los años setenta para profundizar la grieta entre Moscú y Pekín. Menospreció a la Unión Europea y calificó a la OTAN como una alianza obsoleta, aunque luego el vice Pence, en gira europea, matizó estas consideraciones. Cuando participó en la cumbre de mandatarios de la OTAN, exigió a los demás países que aumentaran el presupuesto militar, generando rispideces con sus socios europeos. Su lema, *America First*, significaría que no está más dispuesto a pagar los costes de ser el gendarme planetario. Si Europa y Japón quieren la *protección* militar estadounidense, argumenta Trump, que paguen por ello —en concreto, les exige que aumenten significativamente sus presupuestos militares—. Esto podría implicar una renegociación del vínculo con sus aliados, que ya se empezó a manifestar en la cumbre de la OTAN de mayo.²³

En el presente artículo analizamos cuál es la política de Trump hacia la región, qué rupturas y continuidades hay en relación a las anteriores Administraciones y cuáles son las alternativas para los países latinoamericanos, de cara a las próximas batallas del 2018: la Cumbre de las Américas en Lima y la reunión de mandatarios del G20 en la Argentina.

Nuestro análisis se enmarca en uno de los debates más importantes de los últimos años, sobre los cambios geopolíticos que se están produciendo en el presente siglo: ¿Hay una mutación en ciernes hacia un sistema multipolar? ¿La decadencia del imperio americano es tan amplia como se estima? ¿El siglo XXI es el de la hegemonía china? ¿Puede haber otra guerra mundial o Estados Unidos y China están condenados

²¹ Para una crítica a su «estrategia de seguridad nacional», consultar Andrew J. Bacevich: 2017 «Trump's security strategy prepares for a «long war» without end», *The Boston Globe*, 21 de diciembre, 2017.

²² *New York Times*, 1ro. de junio, 2017.

²³ *Le Monde*, París, 26 de mayo, 2017.

a acordar una conducción colegiada?²⁴ ¿Qué carácter tienen los conflictos armados de los últimos años? ¿Cómo se van a procesar las tendencias y confrontaciones entre las principales potencias?

México, Venezuela y Cuba: tres países en la mira de Trump

Para analizar la política de Trump hacia América Latina tenemos que observar, especialmente, tres países que son blanco de sus ataques: México, Venezuela y Cuba. Trump utiliza a los hispanos como chivo expiatorio y los humilla para acumular prestigio político en el frente interno. México es el gran perjudicado, desde el punto de vista económico, político e ideológico. La nueva Administración también intenta revertir la distensión con Cuba iniciada hace dos años por Obama.²⁵ En las últimas semanas, la presión fue contra el gobierno venezolano:

Cada una de estas intervenciones prepotentes y casi siempre humillantes, muestran un panorama altamente crítico para la Revolución Bolivariana. Estados Unidos alimenta a la oposición más violenta y, como en Siria, la califica de «moderada». Mira a un costado cuando jóvenes de ultraderecha arremeten contra todo lo que tienen a su alcance en las llamadas «guarimbas» pero ponen el grito en el cielo cuando el gobierno venezolano toma medidas necesarias y lógicas contra esos abusos. Finalmente, visto el accionar de Trump frente a Siria, bombardeando territorio soberano sirio, poco se puede esperar de lo que este dinosaurio fascista pueda efectivizar en Latinoamérica de bueno. Por lo pronto, Cuba y Venezuela están en su diana, y solo falta saber cuándo se decidirá a apretar el gatillo.²⁶

México, como consecuencia de haber firmado el TLCAN/NAFTA hace casi un cuarto de siglo, es económicamente más dependiente que nunca de Estados Unidos. Se ve afectado por razones comerciales, por

²⁴ El reconocido analista Immanuel Wallerstein tiende a descartar un potencial enfrentamiento hostil entre ambas potencias: «En cualquier caso, la danza oculta entre China y Estados Unidos –la no declarada búsqueda de una sociedad– permanecerá siendo la actividad geopolítica en el sistema-mundo de las décadas venideras. Todos los ojos deberían estar puesto en esto. De un modo o de otro, China y Estados Unidos terminarán siendo socios». (Immanuel Wallerstein: «China y Estados Unidos: ¿socios?», *La Jornada*, México, 28 de enero, 2017).

²⁵ Néstor García Iturbe: «Cuba-EE.UU. después de enero de 2017», *Revista de Estudios Estratégicos*, no. 04, primer semestre, CIPI, La Habana, 2017.

²⁶ Carlos Aznarez: «Trump y Latinoamérica: Con Cuba y Venezuela en la mira», en: Claudio Katz y otros: *Trump y su impacto en la región. Reflexiones sobre la situación económica mundial y sus perspectivas*, Fundación Rosa Luxemburgo-EDI, Buenos Aires, 2017, pp. 23-24.

la presión de Trump para repatriar inversiones estadounidenses en las maquilas mexicanas, por el endurecimiento de los controles fronterizos y por las amenazas de cobrar impuestos a las remesas que millones de mexicanos envían periódicamente a sus familias. Además, de acelerarse las deportaciones, esta afluencia poblacional generaría una presión extra para el mercado laboral, aumentando potencialmente la tasa de desocupación. Producto de esas agresiones, y en medio de una profunda crisis interna, México se debate sobre su futuro.²⁷

Cuando hace más de una década argumentábamos por qué había que rechazar el ALCA, poníamos como ejemplo lo perjudicial que estaba siendo el TLCAN para la economía mexicana. A partir de la firma de ese acuerdo, México disminuyó las tarifas arancelarias con Estados Unidos y Canadá —también lo hizo con otros países con los que también estableció acuerdos comerciales—, en detrimento del resto de los países, que debían enfrentarse a las tarifas de la *nación más favorecida*.²⁸

Como señalaba ya en ese entonces el economista mexicano Arturo Huerta González,

Las políticas de apertura comercial y financiera, así como el NAFTA, al igual que el ALCA y el AMI se inscriben en la misma estrategia impulsada por EUA para ampliar su esfera de influencia a nivel mundial y en especial hacia América Latina. El ALCA es un avance del proceso de localización en el que estamos, es llevar el NAFTA hacia el resto de los países del área. Lo que ya existe en muchos países del Área, se pretende con el ALCA profundizar tales políticas y asegurar su irreversibilidad. América Latina y el Caribe están en desventaja competitiva frente a EUA, por lo que la prosecución de las políticas de liberalización económica y el ALCA vendrían a destruir más la planta productiva, industrial y agrícola, a acelerar los niveles de extranjerización, de desempleo y de vulnerabilidad de nuestros países.²⁹

²⁷ Recientemente, José Gandarilla, Cecilia Nahón y el autor del presente trabajo discutieron sobre esta problemática en la sede de CLACSO, en un panel titulado «México, entre Estados Unidos y Nuestra América en la era Trump» (Buenos Aires, 4 de abril de 2017), realizando un diagnóstico muy crítico de las consecuencias económicas y sociales del NAFTA para la población de ese país. Gandarilla expuso allí la crisis del sistema político desatada a partir de la humillante posición de Peña Nieto hacia Trump. Consultar también: Jaime Estay: «Los mega acuerdos y sus amenazas para América Latina», *América Latina en Movimiento*, N. 40, 2016.

²⁸ CEI en base a datos de *Trade Policy Review* de México 2002.

²⁹ Arturo Huerta González: «El ALCA: Política de EUA para subordinar y dominar a América Latina», *Paradigmas y utopías. Revista de reflexión teórica y política del Partido del trabajo. ALCA: Imperialismo neoliberal*, N. 3, diciembre/enero, México, 2002, pp. 51-52.

La economía de México, al igual que la de la mayoría de los países centroamericanos, es fuertemente dependiente de la estadounidense, lo cual genera una incidencia particular en este tipo de acuerdos. El gobierno mexicano se transformó, además, en el *portavoz* latinoamericano del ALCA.³⁰

En términos generales, puede concluirse que, si bien la apertura comercial, la privatización y la desregulación en México favorecieron a parte de su sector exportador, se produjo la desaparición de muchas cadenas productivas, se entregó el sistema bancario y financiero a los inversores extranjeros (pasaron a controlar el 90% del mismo), en las maquiladoras aumentó significativamente el componente importado, se produjo el colapso del campo frente a la «invasión» de productos agrícolas estadounidenses y se incrementó fuertemente el trabajo informal y «flexibilizado», la miseria y la pobreza, entre otros motivos, por la quiebra de casi 30.000 pequeñas y medianas empresas y la desestructuración de la pequeña producción agrícola. El NAFTA significó, para México, profundizar e institucionalizar las políticas económicas impulsadas por el llamado *Consenso de Washington* y un obstáculo para acercarlo a Latinoamérica y alejarlo de su poderoso vecino del norte. Hoy el 80% de las exportaciones se dirigen hacia Estados Unidos —por eso impactó tan negativamente el triunfo de Trump en la economía y en la moneda—, más de 5 millones de campesinos debieron abandonar la actividad agrícola —muchos de ellos son los inmigrantes indocumentados que Trump promete deportar—, México importa maíz de Estados Unidos, aumentó la pobreza a más del 55%, no hubo una equiparación salarial con México y Estados Unidos — pese a las promesas, la brecha se ahondó— y el país vive, además, una catástrofe social, con más de 170.000 muertos, producto de un espiral de violencia descontrolada, asesinatos a periodistas y dirigentes políticos y una militarización de la vida cotidiana sin precedentes³¹.

Ante las amenazas de Trump de salir del TLCAN —producto del fuerte déficit comercial bilateral que le genera a Estados Unidos—, o renegociarlo en términos aún más perjudiciales para México, algunos analistas, incluso en México, pretenden maquillar ese acuerdo y mostrar

³⁰ El entonces presidente mexicano, Vicente Fox, jugó en Mar del Plata el patético rol de defensor de Bush.

³¹ Se estima que hubo más de 170 000 muertes violentas desde que Felipe Calderón inició la «guerra contra el narco» en 2006. Ver informe especial en: <https://elpais.com/especiales/2016/guerra-narcotrafico-mexico/>.

que el país latinoamericano sacó provecho del mismo. En una reciente obra de Tom Long,³² hay un capítulo específico dedicado a las negociaciones para acordar y luego ratificar el TLCAN. El eje del mismo es mostrar cómo, durante la presidencia de Carlos Salinas de Goltari, México recalculó su interés nacional, tras la crisis de la deuda de 1982, y se focalizó en garantizar el libre mercado, atraer inversión extranjera y profundizar los vínculos comerciales con Estados Unidos, para lo cual la firma de un TLC pasaba a ser un objetivo primordial. Long detalla cómo el gobierno de ese país se involucró en los asuntos domésticos de su poderoso vecino del Norte, y hasta hizo un intenso *lobby* en el congreso, cuando debió ratificarse el tratado, con apoyo de parlamentarios demócratas y republicanos. Más allá del «éxito» que supuso para Salinas de Goltari la puesta en funcionamiento de este acuerdo, Long reconoce al final del capítulo que el TLCAN, a pesar de las promesas, no catapultó a México al «Primer Mundo». Identificar el «interés nacional» mexicano con el del gobierno neoliberal de Salinas de Goltari, como hace ese autor, lleva a realizar un análisis demasiado benevolente del NAFTA y de la subordinación de la política exterior de ese país a Washington. Algo similar puede mencionarse respecto al Plan Colombia, otro de los casos que analiza Long. Quizás sea demasiado simplista señalar que las clases dominantes latinoamericanas sean una mera «correa de transmisión» o un instrumento de la dominación imperial, ya que poseen sus propios intereses, no siempre coincidentes totalmente con los de la metrópoli. Pero eso no implica, de ningún modo, que no operen en forma asociada. Así, mostrar que en estos cuatro casos la iniciativa la tuvieron mandatarios latinoamericanos, no alcanza para concluir que el Tratado de Libre Comercio no fue funcional a los intereses del gran capital estadounidense y perjudicial para las mayorías populares en México. O que la militarización que se desplegó con el Plan Colombia no fue impulsada por el Pentágono para profundizar la hegemonía estadounidense no sólo en ese país, sino en el resto de la región. O sea, falta indagar hasta dónde los intereses imperiales determinan cuál es el margen de acción y la suerte de estas iniciativas latinoamericanas.

La llegada de Trump a la Casa Blanca provocó un impacto en México, el país donde el magnate estadounidense tiene peor imagen. Peña

³² Tom Long; *Latin America Confronts the United States. Asymmetry and influence*, Cambridge University Press, New York, 2015.

Nieto, a través del hoy canciller Luis Videgaray, intentó un acercamiento humillante, que llevó al gobierno mexicano a niveles históricos de impopularidad en 2016. Frente a esta situación, y teniendo en cuenta las elecciones presidenciales de 2018, parecen abrirse dos caminos alternativos para México. O negocia bilateralmente, en una posición de debilidad, las condiciones de su sometimiento a Trump, o recupera una mirada autónoma, volcada a América Latina, e inicia un proceso de redireccionamiento de su inserción internacional y su política exterior, que le permitan ampliar sus márgenes de maniobra.

El discurso agresivo contra Venezuela por parte de Trump apareció ya en la campaña presidencial. Se refirió al gobierno de Nicolás Maduro como una dictadura. Recibió en la Casa Blanca, antes que a ningún otro mandatario latinoamericano, a Lilian Tintori, la esposa del opositor Leopoldo López.³³ Esa retórica injerencista fue acompañada de iniciativas concretas. Si ya Obama había tomado medidas extremas contra Venezuela,³⁴ el nuevo mandatario las profundizó. Incluyó a Tarek el Aissami, vicepresidente de Nicolás Maduro, en la lista de perseguidos por sus supuestos vínculos con el narcotráfico.³⁵ Este ataque diplomático fue respondido enérgicamente por el gobierno venezolano, quien acusó a Trump de continuar con las maniobras desestabilizadoras e injerencistas de Obama. Poco después, el jefe del Comando Sur, Kurt W. Tidd, compareció ante el Comité de Servicios Militares del Senado estadounidense, señalando que la inestabilidad en Venezuela afectaba a toda la región, repitiendo el latiguillo de que a través de ese país ejercían su influencia Rusia, Irán y China en América Latina. Sectores poderosos en Washington instan a la Casa Blanca y al Congreso estadounidense a realizar un *lobby* en la OEA para sancionar a Venezuela aplicándole la Carta Democrática Interamericana. Ante esta situación, que rememora la sufrida por Cuba en la Conferencia de Cancilleres americanos de Punta del Este de enero de 1962, el gobierno del país caribeño optó por anunciar su salida de esa organización, caracterizada

³³ BBC, Londres, 16 de febrero, 2017. Una semana después, el 24 de agosto, haría lo propio con el presidente peruano, el primer mandatario latinoamericano en visitarlo en Washington.

³⁴ Firmó una orden ejecutiva, el 9 de marzo de 2015, en la cual declaró a Venezuela como una «amenaza inusual y extraordinaria a la seguridad nacional» estadounidense. Esta iniciativa fue repudiada por diversos gobiernos latinoamericanos en la VII Cumbre de las Américas, que se reunió en Panamá en abril de ese año. De todas formas, Obama volvió a prorrogar esa disposición al año siguiente.

³⁵ Telesur, Caracas, 13 de febrero, 2017.

por el Che Guevara como un «ministerio de colonias» de Estados Unidos.³⁶

El rol del gobierno estadounidense es muy claro en este punto. Se intenta generar una situación económica y social explosiva, para justificar una suerte de intervención regional humanitaria.

Ya desde 2016 distintos gobiernos de derecha vienen intentando aislar a Venezuela. Macri y Temer promovieron la suspensión de Venezuela del Mercosur, luego de negarle la presidencia pro-témpore. Trump apoya las iniciativas de Luis Almagro para que la OEA le aplique las sanciones previstas en la Carta Democrática Interamericana. Así se observa el rol subordinado a Washington de los gobiernos de Argentina, Brasil, Chile, Colombia, México, Paraguay y Perú, entre otros. Sin embargo, hasta ahora no han logrado su cometido —fracasó ese intento en la Reunión de Consulta de cancilleres, realizada en el marco de la Asamblea General de la OEA en Cancún, del 19 al 21 de junio—, aunque las presiones y la situación política en Venezuela es sumamente frágil.³⁷

El caso de Cuba quizás es el más ilustrativo y elocuente de la política de Trump hacia la región. El viernes 16 de junio, desde Miami y en un acto que pareció más propio de la época de la *guerra fría*, el presidente estadounidense puso un freno en el proceso de deshielo con Cuba iniciado en 2014 por Obama. Rodeado de lo más rancio del anticastrismo, desplegó un agresivo discurso paternalista e injerencista. ¿Qué alcances y límites tiene el (nuevo) giro en la relación con la isla? ¿Cuáles son las causas del abandono de este «legado» de Obama? ¿Cuál fue la respuesta cubana? ¿Cómo va a impactar hacia adentro de Estados Unidos y en las ya de por sí complejas y tirantes relaciones con América Latina y el Caribe?

En primer lugar, vale la pena analizar el qué y el cómo del anuncio de la nueva política de Trump hacia Cuba. El acto realizado en Miami atrasó al menos un cuarto de siglo. El nuevo presidente estadounidense apeló a una retórica agresiva y más propia de la *guerra fría*. Rodeado de lo más retrógrado del exilio cubano, anunció el fin del acuerdo Obama-Castro y firmó el *Memorando Presidencial de Seguridad Nacional sobre el Fortalecimiento de la Política de los Estados Unidos hacia Cuba*, con las

³⁶ Por razones de espacio, dejamos de lado el análisis del papel poco decoroso desempeñado por Luis Almagro, Secretario General de la OEA.

³⁷ Telesur, Caracas, 19 de junio, 2017.

nuevas directivas hacia la isla. En síntesis, los cambios que establece son los siguientes: restringe los viajes turísticos, complicando la obtención de permisos —en los primeros cinco meses del año, 250 000 estadounidenses viajaron a Cuba, lo mismo que en todo el 2016—; reafirma el bloqueo económico, comercial y financiero que hace más de medio siglo intenta asfixiar a la isla; limita los viajes educativos con fines no académicos, que tendrán que ser grupales —prohíbe los viajes individuales autodirigidos— y limita las actividades económicas con empresas vinculadas a las Fuerzas Armadas Revolucionarias —básicamente, con el Grupo de Administración Empresarial (GAESA)—. Sin embargo, no rompe las relaciones diplomáticas, ni cierra la embajada en La Habana —reabierto hace dos años—, ni coloca de nuevo a Cuba en la lista de países que patrocinan el terrorismo, ni limita el envío de remesas, ni prohíbe los vínculos económicos con el sector cuentapropista de la isla, ni modifica los acuerdos migratorios, ni reinstala la política de pies secos, pies mojados derogada por Obama el 12 de enero de 2017, que admitía a los cubanos que pisaran suelo estadounidense.

Más allá de que algunas de las medidas generarán complicaciones económicas en Cuba, lo más grave es el tono. El acto, de fuerte contenido simbólico, se realizó en la Pequeña Habana, en el Teatro Manuel Artime, justamente denominado así en honor del contrarrevolucionario que fuera el jefe civil de la Brigada 2056, aquella que invadiera la isla en Playa Girón, en abril de 1961 («Es un honor estar en un teatro que lleva el nombre de un verdadero héroe del pueblo cubano... Estamos muy honrados de que nos acompañen los asombrosos veteranos de la Bahía de Cochinos», dijo Trump). El presidente estadounidense habló luego del vice Mike Pence, el gobernador de La Florida Rick Scott, el senador de origen cubano y ex precandidato republicano Marco Rubio³⁸ y el representante Mario Díaz-Balart (un día antes, este diputado había declarado: «Trump no está con los que reprimen al pueblo

³⁸ Trump reunió junto a él a los más prominentes críticos de la distensión iniciada por Obama. El máximo exponente de los opositores a los anuncios de Obama fue, en diciembre de 2014, Marco Rubio: «El presidente Obama», escribió en *Wall Street Journal*, «dejó claro que si tomas como rehén a un americano y estás dispuesto a mantenerlo durante un tiempo suficientemente largo, no sólo lograrás que tus prisioneros salgan de las cárceles de Estados Unidos, como los tres espías cubanos, sino que obtendrás concesiones políticas duraderas de EE.UU.» (Marc Bassett: «Los líderes republicanos y algunos demócratas acusan a Obama de dar aire a los hermanos Castro sin contrapartidas», *El País*, Madrid, 19 de diciembre, 2014). En un sentido similar se expresó Ileana Ros-Lehtinen, la ultraconservadora representante por Florida, quien criticó duramente a la entonces Subsecretaria de Estado Roberta Jacobson, cuando compareció ante el congreso para debatir sobre las negociaciones con Cuba.

cubano como estaba Obama»).³⁹ Calificó al sistema político isleño como una «dictadura» y desplegó un discurso agresivo, que se emparenta con su irrespetuoso mensaje de noviembre pasado, cuando falleció Fidel Castro. Ante las mil personas que colmaban el teatro, declaró: «No queremos que los dólares estadounidenses vayan a parar a un monopolio militar que explota y abusa a los ciudadanos de Cuba y no levantaremos las sanciones hasta que se liberen los presos políticos». Se refirió al gobierno de La Habana como el «brutal régimen castrista» y destacó que «haremos cumplir el embargo». El acto fue la puesta en escena del retorno a la política agresiva que desplegaron sin éxito Eisenhower, Kennedy, Johnson, Nixon, Ford, Carter, Reagan, Bush, Clinton, Bush Jr. y Obama, al menos en su primer mandato.

¿Por qué la vuelta a una retórica más propia de la guerra fría? ¿Por qué reivindicar el fracasado bloqueo, repudiado cada año en forma casi unánime en la ONU —en la última Asamblea General, 191 países exigieron su levantamiento, y sólo Estados Unidos e Israel se abstuvieron—? ¿Por qué insistir con una política que genera rechazo no sólo en la población estadounidense en general —según un sondeo de *The New York Times* de 2016, el 62% de la población estaba de acuerdo con el nuevo enfoque de Obama hacia Cuba— sino de los propios cubanoamericanos —el 70% de los cubanoamericanos de Miami apoyaban la normalización, mientras que el apoyo al bloqueo había caído a un 37%, en comparación con el 84% de 1990—? La principal causa del giro tiene que ver con la política interna de Estados Unidos. En primer lugar, es una «devolución de favores». Trump, como ya mencionamos, modificó su anterior posición frente al deshielo para obtener el apoyo del *establishment* cubanoamericano, que le permitió ganar en la Florida, por un margen muy estrecho.

Pero la escenificación del trato duro con Cuba también responde a sus actuales necesidades políticas, en dos sentidos. Trump fue el presidente menos popular en sus primeros 100 días, al menos desde que esto se mide por primera vez en los años sesenta del siglo pasado. Cosecha altísimos niveles de rechazo, enfrenta movilizaciones de mujeres, trabajadores, estudiantes, investigadores, ecologistas, inmigrantes y pueblos originarios. Sufrió importantes reveses políticos —para imponer su veto migratorio, para aprobar el TrumpCare, para financiar el muro con México— y enfrenta el RusiaGate, que involucra a importantes

³⁹ Citado en *Página/12*, Buenos aires, 18 de junio, 2017.

funcionarios de su entorno y amenaza con obstaculizar o interrumpir su presidencia a través de un *impeachment*. Sin embargo, conserva el apoyo de sus votantes, aunque estos representaron apenas el 27% del padrón. Ese es el sentido de este tipo de puestas en escena: reforzar su base política, atacando todo lo que sea considerado parte del «legado» de Obama —y, el deshielo con Cuba, sin dudas era un componente central del mismo—. Exhibe una supuesta fortaleza hacia adentro, abroquela a sus seguidores ultraconservadores, y a la vez proyecta una imagen hacia afuera que refuerza su disposición a actuar de manera unilateral, sin tener en cuenta lo que opine la comunidad internacional: no le importa lo que diga la ONU sobre el bloqueo.

Claro que, cuando hablamos de cómo la política interna condiciona su política exterior, también nos referimos a cuestiones menos transparentes: Trump necesita el apoyo de su ex rival interno Marco Rubio, quien integra la Comisión de Inteligencia del Senado, que es la que investiga si Rusia intervino en las elecciones del año pasado en connivencia con el magante. Una semana antes de los anuncios sobre Cuba, ante esa comisión compareció James Comey, el ex jefe del FBI, expulsado por Trump pocos días antes. Rubio intercedió en el Senado para que Comey aclarara que Trump «no se encontraba personalmente bajo investigación».⁴⁰ La posición de este senador será clave para determinar el futuro de la investigación sobre la trama rusa. Como se ve, no solo en América Latina hay una estrecha relación entre política exterior y política interior, a pesar de lo que plantean los acrílicos defensores de la «gran democracia» del Norte. En síntesis, el acto en Miami tuvo el triple objetivo alejar la atención mediática del *affaire* Rusia, que había alcanzado su clímax por esos días, consolidar la base de apoyo republicana y devolver el favor electoral de los cubanoamericanos de Florida.

Ante el virulento discurso de Trump, la respuesta cubana, no se hizo esperar. A través de un texto publicado en el *Granma*, se dio a conocer un documento en el que se sostiene que los Estados Unidos «no están en condiciones de darnos lecciones» y se cierra del siguiente modo: «Como hemos hecho desde el triunfo del 1° de enero de 1959, asumiremos cualquier riesgo y continuaremos firmes y seguros en la construcción de una nación soberana, independiente, socialista, democrática, próspera y sostenible».⁴¹ Allí se señala que las nuevas medidas que

⁴⁰ *El Nuevo Herald*, Miami, 9 de junio, 2017.

⁴¹ *Granma*, La Habana, 16 de junio, 2017.

refuerzan el bloqueo están destinadas al fracaso, como ocurrió con las sucesivas sanciones aplicadas desde 1962, y que no lograrán el objetivo manifiesto de debilitar a la Revolución ni doblegar la resistencia del pueblo cubano. Rechazando la utilización de Trump de los derechos humanos como excusa para atacar a Cuba, se señala en ese documento: «Asimismo son motivo de preocupación las violaciones de los derechos humanos cometidas por los Estados Unidos en otros países, como las detenciones arbitrarias de decenas de presos en el territorio ilegalmente ocupado por la Base Naval de Guantánamo en Cuba, donde incluso se ha torturado». ⁴² No fue la única respuesta: «Este tipo es tan bruto que, mientras lo observaba, Bush Jr. me parecía Shakespeare». ⁴³

Pocas semanas antes, durante la Feria del Libro de La Habana, el poeta Roberto Fernández Retamar ya había planteado la necesidad de enfrentar a Trump y solidarizarse con México:

Trump no es una fatalidad. Hay una derecha activa en América Latina. Hace más de 10 años empezó una etapa muy positiva para nuestros países. En Brasil hubo un golpe de Estado contra Dilma (Rousseff), triunfó la derecha en Argentina y habrá elecciones en Ecuador; debería ser el Stalingrado de América donde se inició la derrota del ejército nazi y ojalá en Ecuador se detenga el avance de la derecha. (...) Está surgiendo una resistencia a Trump en el seno de Estados Unidos. Con Trump se ha caído la máscara del imperialismo estadounidense. Trump es el continuador de muchas cosas negativas en la política de ese país y el muro es una cosa monstruosa. (...) México representa mucho para nosotros, es un país entrañable. Estamos seguros de que encontraremos una forma de detenerlo. Nosotros hemos hecho frente a 11 presidentes de Estados Unidos; Trump es uno más, muy vociferante, muy sexista, pero uno más. ⁴⁴

Esta agresividad registró un nuevo capítulo hacia fines de septiembre. Tras denunciar un supuesto «ataque sónico» contra diplomáticos estadounidenses apostados en La Habana, ⁴⁵ el 29 de septiembre la

⁴² Ídem.

⁴³ Citado en: Juan Manuel Karg: «Ajedrez norteamericano», en *Página/12*, Buenos Aires, 17 de junio, 2017, p. 21.

⁴⁴ Citado en *La Jornada*, México, 19 de febrero, 2017, p. 13.

⁴⁵ Si bien no se acusó al gobierno cubano, el Departamento de Estado lo responsabiliza por no cuidar los diplomáticos estadounidenses.

Administración Republicana resolvió reducir al mínimo la misión diplomática en la isla. Hizo volver a 21 diplomáticos, congeló el otorgamiento de visas a cubanos y recomendó que sus ciudadanos no viajaran a Cuba. El 3 de octubre, además, resolvió expulsar a 15 diplomáticos cubanos que cumplían funciones en la embajada en Washington. El secretario de Estado, Rex Tillerson, quien aclaró que de todas formas no se rompían las relaciones diplomáticas, explicó: «La decisión se tomó por la incapacidad de Cuba de dar los pasos apropiados para proteger a nuestros diplomáticos de acuerdo con sus obligaciones bajo la Convención de Viena».⁴⁶

Cedió así, una vez más, ante el poderoso senador Marco Rubio, quien aplaudió esta medida: «La embajada de los Estados Unidos en La Habana debería ser reducida a una sección de intereses y debemos estar preparados para considerar medidas adicionales contra el régimen de Castro si estos ataques continúan».⁴⁷

La respuesta del gobierno cubano no se hizo esperar. En conferencia de prensa, ese mismo día en La Habana, el canciller Bruno Rodríguez declaró: «El gobierno de Estados Unidos, con estas acciones políticamente motivadas e irreflexivas, es el responsable del deterioro presente y probablemente futuro de las relaciones bilaterales».⁴⁸ Este nuevo incidente, instigado por el lobby cubanoamericano de Florida, es una muestra más de la hostilidad de la Casa Blanca con toda Nuestra América, y seguirá socavando la ya alicaída imagen de Trump en la región.

Los dos caminos frente a Trump: subordinarse o enfrentarlo

Trump está concitando un amplísimo rechazo internacional, como ocurrió con Bush, o peor: «La mala imagen global de Trump, peor a la que pintan las encuestas dentro de Estados Unidos, quedó plasmado en un sondeo del Centro de Investigaciones Pew, un *think tank* de Washington, que se realizó en 37 países, incluidos siete en América latina, entre ellos, la Argentina. «La confianza en el presidente Donald Trump es particularmente baja en América latina. En ningún país de los siete que encuestamos más de dos de cada diez personas dicen que tienen confianza en el presidente. Es tan baja como en los países europeos»,

⁴⁶ Citado en *Página/12*, Buenos Aires, 4 de octubre, 2017.

⁴⁷ Ídem.

⁴⁸ Ídem.

resumió a La Nación Jacob Pushter, uno de los investigadores del Centro Pew que trabajó en la encuesta. Un 13% de los argentinos confía en el liderazgo global de Trump, quien llegó a lo más alto del poder político recostado en una plataforma xenófoba y nacionalista, y el mantra «Estados Unidos, primero», pilar de su presidencia. Un 82% piensa que es arrogante; un 78%, intolerante, y siete de cada diez lo consideran «peligroso».⁴⁹ En junio se conoció la noticia del aplazamiento de la visita de Trump a Londres, para evitar las múltiples protestas callejeras que se estaban organizando.⁵⁰ El rechazo que suscita Trump es bastante homogéneo en la región. Se destaca México, pero también alcanza a la Argentina, a pesar del alineamiento del presidente Macri, quien viajó a la Casa Blanca a visitar a Trump el 27 de abril. Esto, como veremos más adelante, puede implicar un problema para Estados Unidos: cuando se dirija a la VIII Cumbre de las Américas, en Lima, o a la Cumbre presidencial del G20, en Buenos Aires, a los gobiernos derechistas de esos países les será complicado evitar movilizaciones de protesta. No es lo mismo aparecer sonriente frente al carismático Obama, que frente al revulsivo Trump. El «fantasma» de Mar del Plata (2005) —pero también el recuerdo de las protestas que debieron enfrentar Nixon (1958) y Rockefeller (1969)— recorrerá la región cuando Trump nos visite en 2018.

Nuestra América atraviesa una hora incierta, en el que se avizoran dos caminos. O se imponen los gobiernos derechistas, que están dispuestos a asumir un rol subordinado frente a la Casa Blanca, aún si quien la ocupa temporalmente sostiene un discurso xenófobo, antihispano y crítico de los acuerdos de libre comercio, o se construye una alternativa superadora, en oposición a la prepotencia injerencista y militarista que impulsa la principal potencia imperial. El dilema es crucial para las fuerzas de izquierda, populares y progresistas de Nuestra América. Ante la ofensiva imperialista es crucial y urgente construir una alternativa superadora, que vaya más allá de la mera posición defensiva frente al avance del capital trasnacional más concentrado.

A lo largo de la historia, las políticas de Estados Unidos hacia el sur del continente, desde que abandonaron las invasiones abiertas con

⁴⁹ *La Nación*, Buenos Aires, 27 de junio, 2017.

⁵⁰ *The Guardian*, Londres, 11 de junio, 2017.

⁵¹ Carlos Escudé: *Principios de Realismo Periférico. Una teoría argentina y su vigencia ante el ascenso de China*, Lumiere, Buenos Aires, 2012.

marines en pos de la *buena vecindad*, se nutrieron de dos componentes: ofrecimientos y amenazas. Promesas de ayuda financiera, concesiones comerciales, inversiones e intercambios académicos convivieron históricamente con amenazas, desestabilizaciones, sanciones económicas y apoyos a militares golpistas. Así, para conseguir aprobar el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) en 1947, se prometió una suerte de *Plan Marshall para América Latina*. Para lograr los votos que permitieran expulsar a Cuba de la OEA, se lanzó la Alianza para el Progreso. Luego del fracaso del endurecimiento de las sanciones económicas contra Cuba en la década de 1990 —resistidas heroicamente por el pueblo cubano y rechazadas por casi todos los países del mundo—, Obama optó por la distensión y por promover el comercio, el turismo y la radicación de inversiones estadounidenses como un mecanismo para penetrar en la isla y forzar los cambios que Washington anhela hace más de medio siglo.

Como ocurrió en todo el siglo XX, hoy conviven los ofrecimientos —acuerdos de libre comercio, inversiones, asistencia financiera—, con las amenazas para quienes confronten con los intereses de Washington: red de bases militares de nuevo tipo, desestabilización de los gobiernos bolivarianos, espionaje contra presidentes latinoamericanos, presión a través de las grandes corporaciones de prensa, financiamiento a grupos opositores a través de ONGs, quita de beneficios comerciales. Estados Unidos necesita restablecer la legitimidad e influencia que supo tener la OEA en la posguerra, una institución que fue, la mayor parte de las veces, funcional a sus estrategias de dominio y ordenamiento regional.

Los movimientos sociales y las fuerzas políticas populares de la región advierten, mayoritariamente, esta nueva ofensiva imperialista, que aprovecha las debilidades del bloque bolivariano para reintroducir la agenda neoliberal. Retomar la integración desde abajo, aquella que hace casi una década logró derrotar el ALCA, parece uno de los caminos a privilegiar para resistir este nuevo embate. En esa línea, es hora de avanzar en la integración autónoma, por fuera del mandato de Estados Unidos, y con una agenda propia.

En 2005 estaba prevista la entrada en vigencia del mayor proyecto estratégico de Estados Unidos para consolidar su hegemonía regional: el ALCA. Sin embargo, fue en Mar del Plata, sede de la IV Cumbre de las Américas, donde esa iniciativa fue enterrada para siempre. El ALCA respondía a la necesidad de Estados Unidos de ejercer un dominio más

acabado. Para lograr consolidar su amplio *patio trasero*, precisaba avanzar en el viejo proyecto de unión aduanera y, fundamentalmente, obstar cualquier proceso de integración alternativa como el Mercosur o el Pacto Andino. No es casual que el ALCA fuera lanzado en el marco del Consenso de Washington (1989) y cuando Brasil y Argentina, los *gigantes* del sur, estaban iniciando un proyecto de unión sudamericana. El ascenso de Hugo Chávez en Venezuela, su radicalización política y su insistencia en retomar el viejo proyecto de Bolívar, a partir de la propuesta del ALBA-TCP, encendieron una luz de alarma en el gobierno estadounidense. Más aún cuando, en la XV Cumbre Iberoamericana (2005), se anunció la futura incorporación de Venezuela como miembro pleno del Mercosur. Como en los últimos dos siglos, la capacidad de Estados Unidos para establecer un dominio sobre América Latina dependía de que no se constituyera una integración regional independiente y autónoma de los mandatos de la potencia del norte. El ALCA hubiera sido un instrumento fundamental para abortar esa alternativa y para aislar a Venezuela y Cuba, consolidando la dependencia de los países latinoamericanos.

Este proyecto respondía también a la necesidad de Estados Unidos y sus capitales más concentrados de competir con los otros bloques económicos y/o políticos. Estados Unidos, con el ALCA, pretendía contrarrestar el proceso de conformación de bloques en Europa y Asia, estableciendo un área donde su hegemonía no se viera desafiada. Por su creciente déficit comercial y fiscal y por su excesivo endeudamiento, Estados Unidos necesitaba revertir ciertas tendencias económicas de los últimos años. Los sectores financieros, los grandes exportadores y las empresas estadounidenses más concentradas pretendían terminar de apropiarse de un área históricamente disputada con Europa, consolidando la supremacía del dólar y frenando el avance de nuevas potencias, como China, que venían posicionándose en la región.

El estancamiento en las negociaciones para establecer este tratado de libre comercio no se explica solamente a partir de las contradicciones entre diferentes grupos de interés al interior de cada uno de los países americanos y de la reticencia de Estados Unidos a recortar sus subsidios agropecuarios, sino también por la creciente oposición política en América Latina: cambio de signo de los gobiernos de distintos países latinoamericanos, sublevaciones populares, creciente movilización anti-ALCA (Foro Social Mundial, Alianza Social Continental, Cumbres de

los Pueblos), y surgimiento de un proyecto de integración alternativa, en torno al ALBA, tomado como bandera por los movimientos sociales latinoamericanos. Cuando se estaban dificultando las negociaciones para liberalizar el comercio interamericano, Brasil impulsó la creación de la Comunidad Sudamericana de Naciones (CSN), luego fue reemplazada por la UNASUR.

La derrota definitiva del ALCA se produjo en la IV Cumbre de las Américas, el 4 y 5 de noviembre de 2005. Allí se expresaron, en principio, dos bloques. Por un lado, los países que firmaron la propuesta de declaración apoyada por Estados Unidos, que planteaba avanzar para concretar este acuerdo de libre comercio. Por el otro, Brasil, Argentina, Uruguay, Paraguay y Venezuela, que se unieron para forzar una declaración final dividida —mientras que 29 países apoyaron la primera, 5 firmaron la segunda—. Sin embargo, y pese al intento de diversos actores por presentar la postura de estos cinco países como un sólido bloque antiimperialista que defendía los intereses de las mayorías populares latinoamericanas, en realidad había diferencias entre las posturas de Venezuela —con el apoyo cubano, clave en la construcción de la resistencia— y de los por entonces cuatro miembros plenos del Mercosur. Mientras que el país caribeño planteaba la necesidad de una abierta confrontación con Estados Unidos, tanto Brasil como Argentina, al igual que en la Organización Mundial del Comercio (OMC), pretendían en las negociaciones continentales presionar para que Estados Unidos —y a nivel global también Europa y Japón—, disminuyeran los subsidios y protecciones a sus productores agropecuarios, logrando así una liberalización más radical del comercio internacional. Si se les exigía la apertura de sus mercados internos, planteaban los representantes brasileños y argentinos, era indispensable que hubiera una contraprestación: que se abrieran los mercados europeos y estadounidenses para las exportaciones —mayoritariamente primarias o agroindustriales— de estos países.

Después del traspie en Mar del Plata, Estados Unidos debió ajustar su estrategia y optó por avanzar con los TLC bilaterales, negociados en forma individual con los gobiernos afines. Quedó como tarea para un nuevo presidente, Obama, intentar reconstruir los lazos con la región. Pero América Latina pareció darse un nuevo objetivo: avanzar en la siempre postergada integración regional, por fuera del mandato y control de Washington.

Sin embargo, acechan hoy nuevos peligros. Avanza la Alianza del Pacífico —tres de cuyos países habían confluído en 2016 el TPP, un resabio del ALCA impulsado por Estados Unidos y gobiernos aliados—, con una impronta neoliberal. Por otra parte, algunos gobiernos de la Unión Europea, como el de España, quieren arribar a un acuerdo de libre comercio con el Mercosur, y encuentran ahora interlocutores en Brasil, Argentina, Paraguay y Uruguay, poniendo en peligro la propia viabilidad del bloque del sur. Asimismo, China negoció acuerdos económicos bilaterales con los países de la región, profundizando un esquema extractivista, que históricamente, ahondó la dependencia regional. Aun cuando el TPP esté hoy en crisis, tras la salida de Estados Unidos, la amenaza persiste ya que los otros once signatarios pretenden mantenerlo.

La histórica estrategia de fragmentar la unidad latinoamericana, aún vigente, enfrenta serios desafíos. El ALBA, como proyecto de integración alternativa, y la UNASUR y la CELAC, como herramientas de coordinación y concertación política entre los países de Nuestra América, supieron ser una de las manifestaciones de la menguante hegemonía estadounidense. Superar la concepción del *realismo periférico*,⁵¹ re-nuente a confrontar con la principal potencia por los costos económicos que supuestamente acarrearía, es el desafío principal de las clases populares de los países de la región. Es hora de concebir otro tipo de integración, inspirada en los ideales bolivarianos, pero pensada como estrategia de real autonomía e independencia, en el camino hacia la construcción de otro orden económico-social a nivel mundial.

A gobiernos derechistas, como los de Macri, Temer o Peña Nieto —o el ahora reelecto Sebastián Piñera—, impulsores de los tratados de libre comercio y de la apertura económica indiscriminada, alinearse con el impopular Trump les hará pagar un costo político interno alto. Nuestra América debe avanzar con una agenda propia, descartar las estrategias aperturistas y subordinadas a Estados Unidos. El fracaso de las socialdemocracias europeas y del Partido Demócrata en Estados Unidos, que a pesar de su prédica progresista implementaron el ajuste neoliberal, tiene que ser una lección para las fuerzas populares y de izquierda. O se avanza con una crítica radical y se construyen alternativas, o la impugnación a la globalización neoliberal será aprovechada por los líderes neofascistas.⁵² Los países del ALBA, en tanto, parecen

⁵² Los buenos resultados electorales obtenidos recientemente por Bernie Sanders, Jean-Luc Melenchón y Jeremy Corbyn muestran la necesidad de profundizar un discurso crítico, en vez de optar por variantes centristas.

haber registrado esta situación y salieron en marzo a criticar las iniciativas xenófobas de Trump y proponer diversas medidas para contrarrestarlas.⁵³

Posiciones como las de Macri son un peligro para desarrollar una perspectiva de integración regional más autónoma. Parecen haberse consolidado en los últimos meses, pero enfrentan serios desafíos internos y también externos. Como señalamos más arriba, alinearse con alguien como Trump tiene un enorme costo para las derechas gobernantes. Trump es un líder neofascista que está siendo enfrentado por mujeres, inmigrantes, afroamericanos, latinos, musulmanes, estudiantes, ecologistas, sindicatos, organismos de derechos humanos y la izquierda en Estados Unidos. Propone más poder y presupuesto a las fuerzas armadas, rebaja de impuestos a los más ricos, ataca a los sindicatos y pretende horadar los derechos laborales y cualquier regulación medioambiental —el anuncio de su salida del Acuerdo de París, por ejemplo, le granjeó duras críticas dentro y fuera de Estados Unidos—. No tiene nada de progresista y cualquier comparación con los llamados *populismos* latinoamericanos es improcedente: «Para construir una resistencia latinoamericana desde la izquierda hay que confrontar con Trump, creando vínculos de solidaridad con los manifestantes de Estados Unidos. Es poco realista fantasear con una alternativa global a Trump liderada por el Papa Francisco. En la batalla contra el exponente del imperio hay que apuntalar proyectos anticapitalistas. Es la única forma de recuperar conquistar y preparar caminos hacia la igualdad social».⁵⁴

En 2016, en Argentina, se repudió la visita de Obama, que coincidió con el 40 aniversario del golpe de estado del 24 de marzo de 1976. Hubo que soportar el enorme embelesamiento de la prensa hegemónica local para con la familia Obama: cubrieron sus actividades como si se tratara de una estrella internacional de rock. Con Trump, la situación no será igual. Si sobrevive a las iniciativas para realizarle un juicio político y todavía es presidente a mediados de 2018, visitará la Argentina para asistir a la Cumbre Presidencial del G20. Allí va a enfrentar en las calles concentraciones similares a las que se produjeron en Mar del

⁵³ El domingo 5 de marzo se reunió en Caracas la XIV Cumbre Extraordinaria del ALBA-TCP y allí se tomaron diversas medidas para enfrentar la hispanofobia de Trump.

⁵⁴ Claudio Katz y otros: *Trump y su impacto en la región. Reflexiones sobre la situación económica mundial y sus perspectivas*, ob. cit., p. 15.

Plata, durante la IV Cumbre de las Américas, en noviembre del 2005, con las consignas No al ALCA y fuera Bush de Argentina y América Latina.⁵⁵ Antes, de acuerdo a lo que prometió en febrero al presidente peruano, tendrá otro viaje a la región: en marzo estará presente en Lima, en la VIII Cumbre de las Américas.

En síntesis, Trump es un gran peligro —sus iniciativas misóginas, xenófobas, antiobreros, plutocráticas, militaristas, injerencistas y contra cualquier protección del medio ambiente son una señal de alarma para el mundo entero—, pero a la vez una oportunidad, por el rechazo que genera, para retomar la integración latinoamericana con una perspectiva antiimperialista y anticapitalista, y al mismo tiempo ampliar la coordinación y cooperación políticas, confluyendo con las organizaciones populares que lo enfrentan en Estados Unidos. Con Trump, a la clase dominante estadounidense, y a sus gobiernos aliados en la región, se les complica desplegar el *imperialismo moral*. Con el actual ocupante de la Casa Blanca, les cuesta mostrar a Estados Unidos como el líder de los organismos multilaterales, que cuida las democracias, el planeta y los *valores occidentales*, respetando las normas de la diplomacia internacional. Como declaró Julián Assange, el líder de *Wikileaks*, si Obama era «un lobo con piel de cordero», Trump es un «lobo con piel de lobo».⁵⁶ Expresa descarnadamente el afán de dominio imperial sobre Nuestra América. Y eso puede incrementar aún más el rechazo a la subordinación claudicante que proponen las derechas regionales como único camino posible. Ante los dos caminos posibles, aceptar el dominio colonial, subordinándose a Estados Unidos, o avanzar en la postergada confluencia de Nuestra América, sólo el segundo permitirá una inserción internacional más autónoma, condición necesaria para avanzar en la construcción de un orden social menos desigual y sin depredación.

Tras la XI Reunión Ministerial de la OMC (Buenos Aires, 10 al 13 de diciembre de 2017), la mirada del mundo volverá hacia la capital argentina en 2018, cuando se realice la Cumbre Presidencial del G20 (30 de noviembre, 1 de diciembre). Tanto los promotores de la globalización neoliberal como los nuevos líderes xenófobos de las potencias centrales defienden a los intereses de las grandes corporaciones. Más «libre comercio» no equivale a más desarrollo, ni a menos pobreza ni a menor desigualdad. Las opciones que nos ofrecen los defensores de la OMC y los críticos como Trump son en realidad funcionales a distintas fracciones

⁵⁵ *La Nación*, Buenos Aires, 12 de junio, 2017.

de las clases dominantes de los países centrales. Frente a ese escenario, la salida no es optar por esa falsa disyuntiva, ni limitarse a aceptar meras reformas cosméticas de la OMC, sino avanzar en la construcción de un orden social menos desigual y depredatorio.

El gran desafío, para las izquierdas, los movimientos populares y las fuerzas progresistas, es articular las luchas globales, regionales y nacionales —«pensar global y actual local»—, y ofrecer una alternativa favorable a nuestros pueblos y a la preservación de los bienes comunes de la tierra. La lucha contra los mega acuerdos de libre comercio y la agenda pro corporaciones que promueven las potencias en el G20 es una oportunidad para coordinar con las organizaciones sociales, sindicales, ecologistas, de mujeres, migrantes, LGBT y de derechos humanos que resisten en todo el mundo:

Hacia el 2018, la Cumbre de los Pueblos hace un llamamiento a todos los pueblos del mundo a movilizarse contra la Cumbre Presidencial del G-20 que tendrá lugar en Buenos Aires en 2018. El G-20, al igual que la OMC y todos los TLC, sólo refleja la sed de lucro de las empresas y no las necesidades de los pueblos. No es casual que tanto la OMC como el G-20 se realicen en Argentina: este país quiere mostrarse como un líder regional en la liberalización comercial. Por ello, la movilización de nuestros pueblos es crucial. Somos nosotras y nosotros quienes debemos alzar la voz y hacer que nuestras propuestas alternativas a la crisis climática y civilizatoria sean escuchadas.⁵⁷

Pocos días antes de la llegada de Trump, Merkel y demás líderes del G20, en noviembre de 2018, se realizará también en Buenos Aires el Primer Foro Mundial del Pensamiento Crítico, organizado por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).⁵⁸ Allí se amplificarán los debates que se dieron en el Congreso de ALAS realizado en Montevideo hace dos semanas. Ese encuentro de intelectuales, activistas, dirigentes sociales y políticos será un escenario ideal para enfrentar la ofensiva del capital contra el trabajo, para avanzar en la construcción de nuestras agendas alternativas y para seguir construyendo ese otro mundo posible que anhelamos.

⁵⁶ *Página/12*, Buenos Aires, 5 de febrero, 2017.

⁵⁷ Declaración Final de la Cumbre de los Pueblos, en: www.fueraomc.org.

⁵⁸ Consultar <http://www.clacso.org/conferencia2018/>.